



LAS METÁFORAS I EL DICCIONARIO

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES

Segun la Real Academia Española, la *metáfora* es un "tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparacion tácita, verbigracia: las *perlas* del rocío; la *primavera* de la vida; *refrenar* las pasiones".

Don Antonio de Capmani se espresa de la misma manera, como se ve en el siguiente trozo que copio de su *Filosofía de la Elocuencia*:

"Llámase metáfora la traslacion del significado propio de una palabra a otro que no le conviene, sino por una comparacion que el entendimiento hace de las dos. Cuando decimos la *luz del entendimiento*, la palabra *luz* que, en su sentido propio, nos hace ver los cuerpos i objetos materiales, puesta aquí por traslacion, representa aquella potencia de percibir i conocer que alumbra nuestra razon para formar rectos juicios."

Efectivamente, la metáfora procede de una comparacion en que se han suprimido las espresiones que servian para indicar la conexion entre los términos comparados.

Para patentizarlo, tomemos un símil cualquiera, por ejemplo, el que gallardea en la *Epístola moral* de don Francisco de Rioja:

¿Qué es nuestra vida mas que un breve día,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche umbría?

¿Qué es mas que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde?...

Quitemos todos los vínculos que denotan la comparacion, i digamos sencillamente:

«Nuestra vida es un breve día, donde, apenas nace el sol, cuando se sepulta en la oscuridad de la noche; es el heno verde a la mañana, seco a la tarde.»

Es evidente que, dando esta forma al pensamiento, la comparacion ha desaparecido del lenguaje, bien que subsista en el espíritu.

La metáfora ha venido a reemplazarla.

En lo material de la frase, no aparecen ya dos objetos distintos, sino uno solo cuyas cualidades están modificadas por las del otro.

El símil admite aun mayor reduccion, puesto que a veces se calla el término propio, dejando únicamente el metafórico, como puede observarse en el siguiente ejemplo en que don José María de Heredia, dirigiéndose al sol dice:

¡Espejo ardiente en que el Criador se mira!

*
* *
*

De estos prolegómenos, se deduce, como una consecuencia lójica, que el léxico de una lengua no puede contener jamas la nómima completa de todas las metáforas.

Para convencerse de ello, basta observar que por esta figura se traslada una palabra de su sentido propio a otro que solo le conviene por similitud.

Fijese el lector en que todos los seres del universo pueden prestarse a comparaciones, i en que la inteligencia del hombre

encuentra con frecuencia analogía aun entre los que parecen mas distintos.

En comprobacion de lo dicho, léanse los siguientes cantares populares que entresaco de la coleccion publicada en Barcelona en 1900 por don Melchor de Palau:

Son tus manos *palmas reales*,
 tus dedos diez *azucenas*,
 tus labios finos *corales*,
 tus dientes menudas *perlas*.

Rubita, sol de los soles,
 tu cara es una *custodia*,
 i tu pecho la *escalera*
 para subir a la gloria.

Tus ojos son *ladrones*
 que roban i hurtan;
 tus pestañas el *monte*
 donde se ocultan.

Tus ojos son dos *tinteros*;
 tu nariz, *pluma cortada*;
 tus dientes, *letra menuda*;
 tu boca, *carta cerrada*

Soi *peñasco* soi *risco*,
 soi dura *piedra*;
 para todos soi *bronce*,
 para ti *cera*.

Boileau sostenia que en un día se pronunciaban en la plaza de abastos mas metáforas que las que habia en toda la *Eneida*. El *Diccionario* castellano no ha anotado, ni con mucho, en

sus páginas todos los vocablos metafóricos empleados por los autores clásicos.

Copio al acaso varios que se me ocurren en este instante sin detenerme a recapacitar para buscar los mas adecuados:

Nuestras vidas son *los rios*
que van a dar en la *mar*,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
i consumir.

(*Jorje Manrique*)

No fies, Clearista, en tu belleza;
que vendrá el dia en que las *hebras de oro*
mude la edad lijera en *blanca plata*.

(*Fernando de Herrera*)

¿Aguardas por ventura,
discreta i jenerosa Casilina,
a que la edad madura,
i el tiempo codicioso que camina,
roben, groseros siempre en sus agravios,
oro a tus trenzas, *perlas* a tus labios?

(*Francisco de Quevedo*)

Los tiernos pechos dos pequeñas *pomus*
de rosas hechas i apretada leche,
de un real valle de amor menudas *lomus*,
que, al ensancharse, le hacen que se estreche.

(*El Obispo de Valbuena*)

Los versos precedentes cuentan siglos; i sin embargo la Aca-

demia Española no ha consignado en el *Diccionario* (al menos que yo sepa) que *rio* significa *vida*; que las *hebras de oro* son los *cabellos rubios*, i los *de plata*, las *canas*; que las *perlas* designan los *dientes blancos*; i que las *pomas* i *lomas* denotan los pechos de una jóven.

Esto no ha obstado para que don Andres Bello escriba este verso:

Crespas madejas de oro, sus cabellos.

El *Diccionario* necesitaria muchísimos volúmenes para dar albergue a todas las metáforas de que se han servido o se sirven actualmente los buenos escritores.

El trabajo de recojerlas sería seguramente interminable, ya que ellas continuarían produciéndose incesantemente.

Entre estas metáforas, las hai de toda especie, ya serias, ya jocosas, talvez grotescas, segun el autor que las concibe, o el personaje a que las atribuye.

Víctor Hugo llama a la luna en menguante o creciente:

La hoz de oro de una misteriosa Rut.

El duque de Rivas la denomina:

Bajel de plata en el inmenso espacio.

Don Benito Pérez Galdos hace que la heroína de *La Desheredada* la compare al *recorte de una uña*, cuando la infeliz ha perdido la esperanza de mejorar su condicion i mira con desprecio cuanto la rodea, incluso los topacios de la noche.

Yo, por mi parte, he oído que un labriego la llamaba *una raja de melon*.

Este calificativo ¿será un chilenuismo?

He presentado dos metáforas ridículas, no como dechados de belleza, sino para comprobar que los individuos, cualquiera que sea su clase social, encuentran en ocasiones conexión entre

los objetos mas heterojéneos i emplean esta figura en su trato familiar.

El estilo es el hombre, dijo Buffon, i en efecto cada cual posee el suyo propio en armonía con su carácter, su educación, su temperamento, sus ocupaciones habituales i otras mil circunstancias que influyen eficazmente para sujerir al espíritu maneras especiales de decir.

Compárese el lenguaje de un hombre grave i el de un truhan, el de un instruido i el de un intonso, el de un apático i el de un apasionado, el de un abogado i el de un médico, i se encontrarán a cada paso profundas diferencias.

Nadie atribuiria a un pacífico campesino, que jamas hubiera abandonado su terruño, la paternidad de los siguientes cantares, que tomo de la coleccion ya citada de don Melchor de Palau, i que no seria aventurado sostener que han sido compuestos por algun aguerrido artillero:

Los ojos de mi morena
son un *tren de artillería*,
que nada dejan derecho
cuando hacen la *puntería*.

Capitanes de guerra
son tus labios,
i tus dientes en fila
son los *soldados*.

Son tus ojos dos *cañones*
cargados de municion,
i tus palabras son *balas*
que pasan mi corazon.

El *Diccionario* solo viene a recojer las espresiones figuradas, cuando, pasando de boca en boca, han perdido un tanto su carácter de tales; i han entrado en la circulacion comun, haciendo olvidar muchas veces su sentido propio i primitivo.

Con el nombre de *Ensayos de Semántica* ha publicado, no hace mucho, *La España Moderna* una traducción de la interesante obra escrita en francés por don Miguel Bréal, miembro distinguido del Instituto de Francia, de la cual tomo el siguiente pasaje:

"Una satisfacción que la lengua reserva al observador, satisfacción tanto más viva cuanto menos buscada, es ver abrirse e iluminarse súbitamente, al hablar, alguna metáfora, cuyo valor no se habrá comprendido hasta allí. No conocemos entonces un secreto acuerdo entre nuestro propio pensamiento i la añeja herencia de la palabra.

"Ninguna cosa muestra tan bien el poder que, aun hoy, con nuestras lenguas ha tanto tiempo fijadas, continúa ejerciendo la acción individual. I la imájen, nacida en una cabeza privilegiada, pasa a ser, difundándose, propiedad común. Cesa entonces de ser una imájen, i se trueca en apelación corriente. Entre los tropos del lenguaje i las metáforas de los poetas hai la misma diferencia que entre un producto de uso común i una conquista reciente de la ciencia. El escritor evita las figuras que se han hecho triviales; prefiere crearlas nuevas. Así se transforma el lenguaje. Es lo que han olvidado a veces nuestros etimólogos, siempre propensos a admitir una supuesta raíz verbal, como si la imaginación no hubiese sabido nunca trasportar de un orden de ideas a otro una palabra hecha." (Páginas 116 i 117.)

La empresa de compilar en un volumen los vocablos usados en sentido metafórico, sería imposible.

Breton de los Herreros escribe en su comedia *La escuela del matrimonio*:

La vejez es otra infancia.

No encuentro, sin embargo, en el léxico oficial que se dé a ninguno de estos sustantivos la acepción indicada.

¿Podrá tacharse por ello la cláusula de incorrecta?

Desde el momento que, en el mismo *Diccionario*, se advierte que el adjetivo *traslaticio* "se aplica al sentido en que se usa un

vocablo para que signifique o denote cosa distinta de la que con él se espresa, empleado en su acepcion primitiva, o mas propia i corriente», es claro que esa omision es inevitable en la jeneralidad de los casos.

Con el título de *La Desequilibrada*, don José Echegarai acaba de dar a luz un drama, del cual tomo el siguiente diálogo:

IGNACIO

«El *papel* de Mauricio está *en baja*, mui en baja. Ha perdido lo ménos *treinta enteros*.

CÁRLOS

«Dice usted bien; hace muchos dias que no le veo; yo imagino que se ha retirado.

IGNACIO

«I yo tambien. Cuando el Baron estuvo enfermo, vino tres o cuatro dias i dejó otras tantas tarjetas, pero no subió.

CÁRLOS

«¿Por qué será?

IGNACIO

«Vaya usted a saberlo. Teresina es mui desigual; mui variable; le pasó el capricho... i se acabó.

CÁRLOS

«No lo crea usted. ¡Sí, es algo caprichosa, pero mui apasionada, mui ardiente, mui romántica! En el fondo es mui buena.

IGNACIO

«Concedido: es mui simpática; pero aquella cabeza no tiene

regulador. Ahora está *en alza* Roberto. Es mejor boda. Él por un estilo, ella por otro... no se pierde mas que una casa."

(Acto II, escena I)

Los términos figurados, que en el pasaje precedente he escrito con letra cursiva, se prestan a observaciones análogas a las que acabo de hacer con relacion a *vejez e infancia*.

Pero ¿a qué invocar otros testimonios cuando el mismo *Diccionario* académico da como ejemplo de metáfora la frase *las perlas del rocío*, sin reconocer espresamente al sustantivo *perlas* este sentido traslaticio?

La única acepcion figurada que de este vocablo registra el léxico oficial es la de "cosa preciosa i esquisita en su clase", i no obstante, don José Zorrilla, en su conocido drama *Don Juan Tenorio*, hace hablar de este modo al protagonista:

I esas dos líquidas *perlas*
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome a beberlas
evaporarse a no verlas
de sí mismas al calor,
i ese encendido color
que en tu semblante no habia,
¿no es verdad, hermosa mia,
que están respirando amor?

(Acto IV, escena III)

Llamar *perlas* a las lágrimas o a las gotas del rocío ha llegado a ser tan frecuente en los poetas, que considero inútil citar otros ejemplos para comprobarlo.

*
* *

Me ha parecido indispensable el recuerdo de los rudimentos

anteriores para refutar la doctrina de los puristas intransijentes que rechazan todo tropo que no tenga el pasaporte de la Academia.

Ese exceso de severidad es inaceptable.

A no dudarlo, semejante rigorismo tenderia a privar a la imaginación de su lenguaje peculiar.

Valdria tanto como decretar su mudez.

Las consecuencias de un ayuno continuo a pan i agua no se harian esperar.

Adios novela, adios dramática, adios oratoria, adios poesía.

Adios estilo.

El campo literario tomaria el aspecto de una tierra estéril, seca, muerta, en que sobraría la arena, i faltarian la vejetacion i las flores.

Para que el lector se persuada de que no he estado disertando en el vacío, voi a poner algunos ejemplos de esa proscripción de las metáforas a que he aludido.

*
* *

El *Diccionario de galicismos* de don Rafael María Baralt, refiriéndose al verbo *abordar*, espresa lo que copio en seguida:

«En la acepcion figurada de *abocarse con algunos, acercarse a él para hablarle*, i tambien *tratar, discutir una cuestion*, es verbo malamente tomado del frances, a cuya lengua no tenemos para qué envidiar la impropia i violenta metáfora que envuelve. Pondré algunos ejemplos:

«*Hai dos clases de personas a quienes, por opuestas causas, es difícil ABORDAR: las que viven en el retiro, i las que pasan su tiempo en medio del tráfago i bullicio del mundo.*» En vez de *abordar* dígase *acercarse*; o constrúyase la frase de otro modo: v. gr.: *Dos clases de personas son, por opuestas causas, de mui difícil acceso*, etc.

«*Envuelto en la red de sus propias argucias i paralojismos, jamas acertó a ABORDAR de lleno la cuestion.*» Dígase *tratar, entrar, discutir*, etc.; i no seamos galiparlistas sin necesidad.

El merecido prestigio de que goza el autor del trozo prece-

dente, ha hecho que su censura haya sido jeneralmente acojida, sobre todo por aquellos que han compuesto vocabularios destinados a fijar el jenuino sentido de las voces castellanas.

La misma Academia Española despues de haber aceptado, respecto al verbo *abordar*, la acepcion metafórica de "entablar, emprender, plantear un negocio, una cuestion, una medida, que ofrecen dificultades o peligros," como puede verse en la undécima edicion del *Diccionario*, volvió sobre sus pasos i se arrepiñtió de este delito.

En las ediciones posteriores, esto es, en las de 1884 i 1899 solo se dan a *abordar* estos sentidos:

"Llegar o tocar una embarcacion a otra, chocar con ella ya sea para embestirla, ya para cualquiera otro fin, ya por descuido.

"Atracar una nave a un desembarcadero, muelle o batería.

"Aportar, tomar puerto, llegar a una costa, isla, etc."

El padre jesuita don Juan Mir i Noguera, en su interesante obra intitulada *Frasas de los autores clásicos españoles*, anota como incorrectas las siguientes:

"*Abordar a una persona* (acercarse, llegar a ella).

"Es difícil *abordar a ciertas clases* de personas (acercarse a cierta clase).

"Jamás acierto a *abordar de lleno* la cuestion (entrar de lleno en).

"*Abordemos la cuestion que es palpitante* (entremos en materia, que es asunto de actualidad)."

El eminente filólogo don Rufino José Cuervo, en su monumental *Diccionario de construccion i réjimen de la lengua castellana*, despues de citar la opinion de Baralt respecto al empleo de *abordar* en su acepcion metafórica, agrega por su parte:

"Lo cierto es que este uso es neolójico i calcado servilmente sobre el frances, donde se dice *aborder une question* lo mismo que *aborder quelqu'un, aborder un rivage, aborder un vaisseau.*"

Como se comprenderá, los filólogos de segunda mano no han hecho mas que repetir en este caso las observaciones que anteceden.

Así, acaba de darse a luz en Santander un librito que lleva

por título *¡Pobre lengua!* en que su autor don Eduardo de Huidobro se limita a resumir la susodicha censura.

Con todo, la verdad es que este sentido traslaticio de *abordar* se oye con frecuencia en el trato corriente i se lee a menudo en obras de los mejores escritores.

Don Ramon Caballero, en su *Diccionario de modismos*, ha coleccionado una multitud de metáforas de uso frecuente en castellano.

Pues bien, en esta importante obra el verbo *abordar* aparece con los significados que copio a continuacion:

«*Abordar a uno.* Buscarle, salirle al encuentro.

«*Abordar el asunto.* Metafóricamente, acometer con resolucion o emprender un asunto. Entrar de lleno en materia.

«*Abordar la cuestion.* Proceder a la realizacion de algo que se tenga pendiente. Hablar claro i estensamente de aquello sobre lo cual no se habian hecho mas que lijeras indicaciones o se habia tratado de una manera embozada i no precisa.

«*Abordarle.* Esperarle, detenerle casi por sorpresa, hablarle resueltamente de una cosa i no darle lugar a que la evada.»

El señor Cuervo, tratando este asunto, cita un ejemplo en que se ve que don Jaime Bálmes, en su obra *El protestantismo comparado con el catolicismo*, incurre en el supuesto pecado de atribuir a *abordar* el significado que Baralt tilda de *galicismo*.

Puedo aseverar, por mi cuenta, que el distinguido filósofo catalan apela en repetidas ocasiones a esa locucion calificada de incorrecta, i puedo afirmar tambien que son muchos los escritores de nota que le acompañan en la perpetracion de este decantado delito.

En la novela intitlada *Una madre*, don José Sélgas habla de esta manera:

«La viuda i el padre Antonio no sabian qué partido tomar; i despues de largas discusiones, resolvieron guardar silencio mientras Rosalía no *abordara* la cuestion con alguna pregunta directa i entónces convinieron en no ocultarle nada.» (Capítulo XXI, página 257.)

Don Antonio García Gutiérrez, en el drama rotulado *Simon Bocanegra*, trae el siguiente pasaje:

BUCHETTO

¡Dios me valga! allí hai un bulto.
¿Quién puede ser?

PIETTRO

¿Quién será?

BUCHETTO

Distinguir de aquí no puedo...

PIETTRO

Parece que tiene miedo.
Abordémosle.

(Prólogo, escena II).

En el volúmen titulado *Cartas trascendentales* por don José de Castro i Serrano, leo lo que copio en seguida:

"*Abordemos* la cuestion de frente, ¿cuál es la maldad de la mujer?

"La maldad de la mujer es el amor." (Quinto problema, carta primera, página 248.)

El trozo que reproduzco a continuacion, está tomado de la novela *Doña Berta*, escrita por don Leopoldo Alas.

"En el mismo coche que ella habia tomado por horas, i la esperaba a la puerta, fué trasladada a su casa doña Berta, que volvió en sí mui pronto, aunque sin fuerzas para andar apenas. Otros dos dias de cama. Despues la actividad nerviosa, febril, resucitada; nuevas pesquisas, mas olfatear recomendaciones para saber dónde vivia el dueño de *su capitan* i ser admitida en su casa, poder contemplar el cuadro... i *abordar* la cuestion magna... la de la *compra*." (Capítulo X, página 88.)

En su novela titulada *La campaña del maestrazgo*, don Benito Pérez Galdos se espresa de esta manera:

"Marcela echó por delante a Tomé i a los dos viejos sepulcros, i *abordó* con don Beltran el magno asunto." (Capítulo X, página 93.)

Don José María de Pereda, en el volúmen publicado con el nombre de *Tipos i paisajes*, habla así:

"Mientras los dos solariegos se regodeaban con aromático la Nava, *abordaron* nuevos asuntos de conversacion, que maldito el interes inspiraban ya a don Robustiano despues de lo que sabia acerca del que allí le había llevado." (*Blasones i talegas*, capítulo IV, página 265.)

El siguiente retazo está sacado de la novela *Lázaro* de don Jacinto Octavio Picon:

"Hízole suspender la lectura, i *abordando* de frente la cuestion, le dijo que por su propio interes, por no pecar de ingrato i en gracia de Josefina, era necesario que Félix Aldea volviese como ántes a frecuentar la casa." (Capítulo IX, página 150)

Entre los artículos publicados bajo el título de *Discursos, cartas i otros escritos* por don Enrique Ramírez de Saavedra, duque de Rivas, se inserta un juicio relativo a una obra dada a la estampa con el nombre de *Manual del perfecto periodista*, de donde trascribo la siguiente frase:

"Llega cualquier personaje extranjero a Madrid, sea príncipe de casa reinante, hombre de Estado, literato o artista célebre, i, cuando los demas mortales no nos atrevemos a *abordarle*, sin haber sido ántes debidamente presentados, el *reporter*, a quien no faltan por lo comun desenvoltura e ingenio, halla medio de penetrar en la casa, traba conversacion con la servidumbre, pregunta al ayudante de cámara, insta al ayudante o al secretario, i no cesa hasta que al fin es recibido por el personaje en cuestion; i no basta esto, sino que de buenas a primeras, como se blandee, lo somete a un interrogatorio." (Página 187.)

Las palabras que copio a continuacion, se encuentran en la novela intitulada *Entre naranjos*, escrita por don Vicente Blasco Ibáñez:

"Pero con usted es imposible; hai que *abordar* la materia

mas pronto o mas tarde." (Segunda parte, capítulo I, página 159).

Como se ve, el uso metafórico de *abordar* cuenta con poderosos valedores aun entre los mismos miembros del docto cuerpo encargado de mantener la pureza de la lengua castellana.

¿Qué razon alegaria entónces este mismo senado para condenar la práctica de tan distinguidas autoridades?

Aunque ello no aparezca comprobado, quiero suponer que sean los franceses los que primero hayan empleado la referida metáfora; lo cual, dicho sea de paso, no importaria seguramente un gran descubrimiento ya que cualquiera puede fácilmente observar la relacion de semejanza que hai en este caso entre el sentido propio de *abordar* i la idea que se quiere espresar.

Recuerdo haber leído, en una novela de Víctor Cherbuliez, un pasaje en que cierto jóven se manifiesta estremadamente apasionado de una dama, a quien abraza i besa en un momento de arrebató.

La niña trata de contener los avances del atrevido galan, diciéndole con gracia i desenvoltura mas o ménos estas palabras: "¿Pretende usted acaso tomarme al *abordaje*?"

Pues bien, para hacer una traduccion fiel de esta novela me parece que habria que conservar la espresiva i oportuna metáfora que contiene la frase precedente so pena de desvirtuar la idea que ella encierra.

Pretender que se conceda patente de privilejio esclusivo al autor de una metáfora, seria tan ridículo como sostener que solo los franceses tenian derecho para fabricar el vino llamado *Burdeos* o que únicamente a los ingleses les era lícito aderezar un *biftec* o un *rosbif*.

Los que así discurren serian capaces hasta de condenar el consumo de artefactos i productos estranjeros, solo por no ser nacionales.

Sin embargo, recorriendo, no ha mucho, las principales calles de Madrid, pude ver por mí mismo que los comerciantes recomendaban ahí sus mercancías exhibiéndolas en los escaparates con vistosos carteles en que se decia que era la última moda de París.

«Las metáforas (dice don Miguel Bréal en su citado *Essai de Sémantique*) no quedan encadenadas a la lengua en que nacen. Cuando son justas i espresivas, viajan de idioma en idioma, i se convierten en patrimonio del jénero humano. El historiador, pues, tiene que distinguir entre las imájenes que, por lo sencillas, han debido encontrarse en mil lugares de una manera independiente, i las que, inventadas una vez en cierta lengua, se han trasmitido i adoptado despues.

«Las metáforas se traducen, segun lo demuestran ejemplos como *decidir* i *entscheiden*, *descubrir* i *entdecken*, *comprender* i *begreifen*, *sucumbir* i *unterliegen*, *confirmar* i *bestätigen*. Lo difícil es reconocer en cada caso si hai préstamo i quién lo recibe. En las viejas naciones de Europa existe un fondo comun de metáforas debido a cierta unidad de cultura.

«Las naciones llegadas un poco tarde al mismo grado de civilizacion no tardan en apropiarse ese fondo, traduciendo tales espresiones metafóricas. Seria poco equitativo censurárselo, porque usan del mismo derecho que sus hermanas mayores, i no hai ninguna razon para privarlas de él.» (Pájs. 119 i 120.)

En el *Nuevo Diccionario nacional* o *Diccionario universal de la lengua francesa* por Bescherelle, en el artículo destinado a la voz *metáfora*, se citan como ejemplos de esta figura los siguientes:

La lumière de l'esprit (la luz del entendimiento).

La fleur des ans (la flor de los años).

La mesure du génie (la capacidad del jenio).

L'ivraisse du plaisir (la embriaguez del placer).

Le feu de l'amour (el fuego del amor).

La tendresse du cœur (la ternura del corazon).

A pesar de que estas metáforas son de uso frecuente en frances, i de ahí que Bescherelle las señale como modelos, nadie las escatima, sin embargo, en castellano, como seria mui fácil comprobarlo.

En resolucion, volviendo al uso metafórico del verbo *abordar*, creo haber demostrado que no se trata aquí de un galicismo, como lo tilda Baralt, ni de un neolojismo, como lo califica el señor Cuervo, sino de una simple figura perfectamente lejitima, sancionada ya en castellano por numerosos i distinguidos escritores.



En el mismo caso de *abordar* se encuentra *esplotar*, acerca del cual el *Diccionario de galicismos* de Baralt dice lo que copio a la letra:

"I no se apresure tanto a ESPLITAR este franco i leal proceder en contra.

"Cada clase procura ESPLITAR a su modo a las que se hallan colocadas por encima de ella en la escala social."

"Son frases copiadas.

"Yo preferiré siempre al *esplotar* afrancesado de ellas, los verbos *beneficiar*, *utilizar*, *aprovecharse de*, *sacar provecho*, *sacar partido*, etc.

"Húyase del gongorismo de que adolece en ocasiones (nuestro antiguo drama)... i de los demas defectos que en él ha señalado la crítica juiciosa i concienzuda, i de seguro quedará todavía una inmensa riqueza que BENEFICIAR en aquel riquísimo venero" leo con gusto en un escrito contemporáneo, i recomiendo a los que aprecian el lenguaje castizo.

"*Esplotar* se toma casi siempre en mala parte, i puede ser ventajosamente sustituido por nuestro expresivo verbo *socalinar*. V. gr.:

"La moza ESPLITA lindamente a su novio", no es, ni con mucho, tan enérgico como: *La moza SOCALIÑA lindamente a su novio*.

"Finalmente, en esta frase: "La pobre señora *espiota* los restos de su ya antigua hermosura", no hai tanta verdad ni fuerza como en estotras: *La pobre señora trafica con*, o *beneficia los*, o *saca provecho de*, o *pone a ganancia*, etc.

"Lo mismo que de *esplotar* digo de *esplotacion* usado por *beneficio*, *laboreo*; i de *esplotador* por el que *esplota*.

"En todos tiempos han abundado los ESPLITADORES políticos" leo en un periódico. El sentido que se ha querido dar aquí a dicho vocablo corresponde perfectamente a los castellanos *embaidor*, *embaucador*, *granjero*, *logrero*, etc."

El padre don Juan Mir i Noguera registra tambien en "su

índice espurgatorio las frases anatematizadas por Baralt en el trozo que acabo de transcribir.

Miéntras tanto el *Diccionario* académico acepta en parte el uso metafórico del verbo *esplotar*, puesto que reconoce que tiene, a mas del sentido recto de "extraer de las minas la riqueza que contienen", otro figurado, que es el de "sacar utilidad de un negocio o industria en provecho propio".

Nada tiene de particular que esta misma acepcion traslaticia amparada desde hace tiempo por la Academia haya ido estendiéndose mas i mas, hasta llegar a referirse a ideas que no podrian calificarse ni de negocio ni de industria.

En efecto, es esto lo que ha acontecido, segun voi a atestiguarlo con algunos ejemplos.

Don Jaime Balmes, en su obra titulada *El criterio*, trae esta frase:

"Verdad es que últimamente en Inglaterra, en Francia i en Alemania, se está rehaciendo la historia en un sentido favorable al catolicismo; pero esta es una mina riquísima de la cual no se ha *esplotado* mas que una pequeña parte. Los tesoros abundan; solo se necesita trabajo." (Nota 20, pájs. 343 i 344.)

En el *Discurso* leído en la apertura de la cátedra de árabe del Ateneo de Madrid, don Serafin Estébanes Calderon se expresa así:

"Si tomamos en cuenta la importancia i el número de libros de medicina que se encierran solo en la Biblioteca escurialense se pudiera decir que la medicina no se escribirá debidamente hasta que se *esploten* los tesoros allí escondidos." (*Novelas, cuentos i artículos*, páj. 404.)

El siguiente trozo está tomado del *Manual de mitología* escrito por don Patricio de la Escosura:

"Ademas de esos ídolos, i de otros que en el curso de nuestra relacion hemos indicado, estaban en gran veneracion: Rambla, diosa de los placeres i de las bayaderas, nacida de un mar de leche que los dioses ajitaron, i representada jeneralmente en actitud muelle i gracioso traje, reclinándose en blandos almohadones; i Mondevi, a quien ya conocemos como diosa de la discordia, i que lo era de la guerra, representándose en este

último sentido, en actitud de disparar una flecha; un hijo de Siva, su nombre Virabhadra, que tenia ocho cabezas i mil brazos; Kiak-Kiak, cuya imájen, que existe en una pagoda del Perú, tiene no ménos de quince piés de altura; i una multitud de mónstruos i fabulosos personajes con que la avaricia de los sacerdotes *esplotaba* la credulidad del vulgo." (Pájs. 406 i 407.)

En la jornada sesta de *La Novela del Egipto*, escrita por don José de Castro i Serrano, leo esta frase:

"El mismo imperio romano cree que domina al universo, i es la pequeña Grecia quien lo *esplota*." (Capítulo II, pájs. 329 i 330.)

Don Pedro Antonio de Alarcon ha recopilado con el título de *Cosas que fueron* una serie de cuadros de costumbres, entre los cuales figura un artículo rotulado *La fea*, de donde tomo lo que copio en seguida:

"Vuelve a armar su talento, i *esplota* sus habilidades de niña para subsistir." (Capítulo VI, páj. 172.)

Entre los artículos de don Isidoro Fernández Flores, coleccionados con el nombre de *Cartas a mi tío*, figura uno intitulado *La palma*, del cual escojo el siguiente pasaje:

"Dígala usted, en fin, que la envió esa palma para que odie la grosería con que la industria *esplota* i profana la idealidad del pensamiento; para que aborrezca el mal gusto, la afectacion i el artificio." (Pájina 118.)

En el número primero del tomo quinto del *Bulletin Hispanique*, don Rufino José Cuervo publicó un interesante trabajo sobre *El castellano en América*, en el cual el distinguido filólogo se espresa así:

"*Esplotando* el señor Valera lo que jenerosamente se le ha ocurrido achacarme, hace rechifla de que yo lo haya leído todo, desde el poema del Cid, para sostener que es falso que la construccion *entrar a la casa* sea americanismo, como lo han asentado diccionaristas españoles, invocando a ciegas i a bulto la autoridad de los clásicos; lo que, al decir de mi agresor, me pone en contradiccion con mi teoría." (Pájina 72.)

Las siguientes palabras están sacadas de la novela *Doña Luz*, escrita por don Juan Valera:

«Entre estos desdeñosos, dignos en nuestro sentir de reprobacion, porque dejan el campo libre a los *esplotadores*, habia en el distrito un hombre a quien, vencida su inercia, seguiria toda una poblacion.» (Capítulo XI, páginas 148 i 149.)

Don Manuel del Palacio i don Luis Rivera son autores de un regocijado librito que lleva por título *Cabezas i calabazas*, en el cual, hablando de don Cárlos Calderon, se dice:

Si Calderon nace pobre
conforme ha nacido rico,
i se da a *esplotar* su ingenio,
¿quién le hubiese conocido?

Don José María de Pereda, en sus *Bocetos al temple*, habla de esta manera:

«Aquellas muchedumbres por las que nada habian hecho ellos nunca i de las que jamas se habian acordado sino para *esplotar* su trabajo a cambio de un mezquino pedazo de pan, se alzaban imponentes en virtud de las alas que les prestara una libertad mal entendida.» (*Los hombres de pró*, capítulo VIII, página 195.)

En la escena V del acto II de su comedia *La de San Quintín*, don Benito Pérez Galdos hace figurar a un marques que se espresa de este modo:

«En las siete cartas, que yo llamo *las siete partidas*, se ve bien claro que *esplotaban* la ceguera de don César...»

En la novela *Dulce i sabrosa* de don Jacinto Octavio Picon, encuentro este pasaje:

«No faltarán almas ruines i fantasías pervertidas que al llegar aquí tachen a don Juan de estúpido i a la pobre Cristeta de fácil i liviana. Los mismos que tal piensen no habrian vacilado en *esplotar* su amorosa turbacion.» (Capítulo VIII, página 153.)

En La leyenda de Hixem II, escrita por don Enrique Ramírez de Saavedra, leo, lo que reproduzco en seguida:

«A su voz acudieron en armas numerosos parciales; i *esplotando* hábilmente el odio de los árabes a los berberíes, en los cuales se apoyaba principalmente Abderahman, vióse muí lue-

go al frente de formidable hueste, i con ella marchó sobre Córdoba.» (Introduccion, página XVIII.)

La siguiente frase aparece en el capítulo V de la novela *Un viaje de novios*, escrita por doña Emilia Pardo Bazan:

«El gas de las innumerables tiendas con que Bayona explota la vanidad de los españoles pudientes i trashumantes, ponía a las oscuras manzanas de casas un color de luz, i en los escapates lucían con todos los tonos de la escala cromática, telas ricas, porcelanas i bronces caprichosos, opulentas joyas.» (Página 115.)

Don Vicente Blasco Ibáñez, en su novela *Arroz i tartana*, pone en boca de un personaje la frase que va a continuacion:

«No niegues, muchacho, que la cara te hace traicion... Pero óyeme bien; si eres tan imbécil que te dejas explotar por tu madre, no cuentes con el cariño de tu tio.» (Capítulo V, página 227.)

Don José Navarrete, en su novela *María de los Ángeles*, dice así:

«Los demas años, hasta tres que lleva sin traspasar la frontera de España, los ha pasado Marcela en el puerto de Rota, no ya porque son realmente aquellos magníficos baños mejores que los del Puerto, Puerto Real, Chipiona, Cádiz i Sanlúcar, sino porque si bien no tiene a su amante tan a pasto como si viviera en Cádiz, no deja de ir a visitarla a menudo, i así están contentos los dos: ella porque hace transijir a su amor con su soberbia, que se rebela ante la idea de que en la perla del Océano, donde no están familiarizados con la idea de que Marcela tiene un palacio, i un título, i una grandeza de España i 60,000 duros de renta, mas bien que por la Marquesa de Villarana la conocieran por «la querida del tahir madrileño», i él se alegra tambien de que no mire tan de cerca i en tan reducido círculo su desvergüenza aquella hermosa mina que tiene en explotación, por si en un momento de pudor pudiera ocultarle para siempre los filones.» (Libro I, capítulo VII, páginas 71 i 72.)

En una coleccion de cartas escritas por Ángel Ganivet i publicadas recientemente con el título de *Epistolario*, encuentro la frase que transcribo en seguida:

«El quid está en saber *esplotar* la locura del hombre, i a mí me parece que ese quid consiste en presentar primero las ridiculeces i cortar a punto nuestra risa con aquella mirada siniestra que lanza el loro enjaulado, o bien con la mirada cosquillosa del loco risueño o pacífico.» (Página 77.)

En un trabajo sobre el *Diccionario Manual* de don Camilo Ortúzar, que tengo casi terminado desde hace tiempo i que no tardaré mucho en dar a luz, he citado otros ejemplos que acreditan el uso metafórico de *esplotar* i que me ha parecido inoficioso reproducir aquí.

Los que ahora he traído a colacion, estimo que sobrarán para patentizar la sinrazon de la crítica de Baralt i sus discípulos, que no son pocos.

Lo curioso es que los etimolojistas, rastreando el oríjen de la voz *esplotar*, aseguran que viene de un verbo latino que tiene el sentido vago de «ejecutar algun trabajo»; de modo que esto solo bastaria para autorizar la ampliacion de significado que ha ido recibiendo tanto en frances como en castellano.

La primera vez que la Real Academia Española aceptó el metafórico *esplotar*, lo hizo refiriéndose únicamente a un *negocio*.

Posteriormente lo aplicó tambien a una *industria*.

Es indudable que en la próxima edicion del *Diccionario* la docta corporacion hará todavía mas comprensiva la acepcion traslaticia de este vocablo, i aunque no lo hiciera, esto no querria decir que prohibia este uso lejítimo, patrocinado por tantos escritores de nota.



En la cuarta edicion de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* escritas por don Rufino José Cuervo, se lee lo siguiente:

«Los médicos que hablan de *ojos inyectados* deben de no haber tropezado con buenos libros españoles, que si no fuese así, dejarían esa monserga gabacha, i echarían por el camino llano empleando *encarnizado*.

"Esto dijo en voz tan alta que lo oyó la Duquesa, i volviendo i viendo a la dueña tan alborotada i tan ENCARNIZADOS los ojos, le preguntó con quién las habia, (Cervantes, *Quijote*, parte II, capítulo XXXI.)

"Vienen los lobos hinchados,
i las bocas relamiendo,
los lomos traen ardiendo,
los ojos *encarnizados*.

(*Coplas de Mingo Revulgo*, XV.)

"Si se ofreciere, creemos podrá usarse la acepcion correspondiente de *encarnizar*, aunque los diccionarios no lo apuntan: Juan Martínez de Barros, glosando la copla citada, dice: "La ira enciende la cara, i *encarniza* los ojos del airado." (Páginas 374 i 375.)

Con perdon del ilustrado filólogo colombiano, creo que los Galenos no merecen, por lo ménos en este caso, que se les tilde de iliteratos.

Si la espresion *ojos inyectados* no se halla en escritores clásicos antiguos, en cambio se encuentra en muchísimos autores modernos, que figuran con brillo en la república de las letras.

Como don Camilo Ortúzar acoje tambien en su vocabulario esta misma censura, no quiero repetir aquí los ejemplos que en otra parte he aducido para justificar la locucion de que trato.

A los nombres de don Pedro Felipe Monlau, don Patricio de la Escosura, don Eujenio de Ochoa, don Gustavo Adolfo Béquer, etc., puedo agregar ahora otras citas respetables, en que se manifiesta que no son únicamente los médicos los que recurren a esa *monserga gabacha* de que habla el señor Cuervo.

Don Antonio Ferrer del Rio, en el capítulo VIII de su novela *De patria en patria* dice lo que copio a continuacion:

• Mas bien aletargada que dormida reposó algunas horas; i al cabo de ellas pudo en fin contar que don Jacobo Van den Bos se habia atrevido a requerirla de amores con mui descompuesto lenguaje i procaz porfía; manifestándose prendado de su her-

mosura desde que la veía enferma, i determinadísimo a soltar la rienda a su pasión volcánica sin ningún género de contemplaciones o respetos; i que ante la digna repulsa, le vió con los ojos saltones e *inyectados de sangre*, i apretando los puños trémulos de rabia, i echando espumarajos por la boca.» (Página 158.)

En el tomo I, capítulo II, página 48, de la novela intitulada *Ricardo*, escrita por don Emilio Castelar, encuentro el siguiente pasaje:

«Contrastaba aquel lujo oficial con las caras pálidas, los ojos *inyectados en sangre*...»

En el capítulo IV de la novela *Los siete murciélagos* de don Manuel Fernández i González, leo lo que va en seguida:

«El rostro del africano mostraba una expresión terrible; parecía que el demonio de la cólera i del orgullo humillado, había ocupado su alma: lívido, tembloroso de furor, con los dientes apretados, i los ojos *inyectados en sangre*, lanzó en torno una mirada de desprecio a la multitud que aplaudía al toro, i otra indescriptible a Betsabé, cuya mirada sin objeto parecía fijarse en una imagen retratada en su alma.» (Página 127.)

El siguiente retazo está tomado del capítulo XI de la novela titulada *Mendizábal* escrita por don Benito Pérez Galdos:

«Aguardó Calpena a que el golpe de tos se calmase, i cuando hubo pasado, aun tuvo que esperar mas tiempo, porque el infeliz tísico se quedó un rato sin respiración, los ojos *inyectados*, la frente sudorosa, las manos trémulas...» (Página 113.)

Un personaje que con el nombre de Ángeles figura en el drama *El ioco Dios*, de don José Echegarai, habla de este modo:

«Don Baltasar, como tiene tan mal genio, mirándola con sus ojazos de tigre, que a la menor contradicción se le *inyectan* de sangre....» (Acto II, escena I, página 39.)

En la novela rotulada *Idilio lúgubre* de don José Ortega Munilla, leo esta frase:

«El cura palideció primero, i como si afluyera después toda su sangre a la cabeza, se le *inyectaron* los ojos, i temblando de indignación,

«— Eres un condenado, dijo, i contajiarás a todos los que te rodean.» (Capítulo XV, página 181.)

Don Armando Palacio Valdes, en su novela *El señorito Octavio*, se espresa así:

"Las mejillas se le iban inflamando, i sus ojos zarcos llegaron a *inyectarse* de sangre." (Capítulo XIII, página 298).

Entre los *Cuentos sacro-profanos* de doña Emilia Pardo Bazan, hai uno intitulado *La Borgoñona*, en el cual se dice lo siguiente:

"La última impresion que de ella guardaba era la de un rostro descompuesto por la ira, unas facciones contraídas por furor infernal, unos ojos *inyectados*, una espumante boca..." (Página 33.)

En el capítulo XII de su novela *Arroz i tartana*, don Vicente Blasco Ibáñez describe de esta manera a uno de los personajes que ahí figuran:

"I el pobre octojenario, con el arrugado rostro de una palidez de marfil, tembloroso, sin aquel baston-muleta que le ayudaba en su marcha, con los ojos *inyectados* de sangre i los ademanes descompuestos, parecía un pobre loco." (Página 439.)

En la seccion I del libro I de su *Derecho cómico-conyugal*, don Constantino Jil, habla de este modo:

"Desgraciado el esposo, si llega un día en que, con los pelos de punta, los ojos *inyectados* en sangre i el puño levantado,— actitud en la que estará bastante feo,— pronuncia delante de su mujer, las palabras *ordeno i mando*." (Página 22.)

Escusado me parece advertir que la opinion sustentada a este respecto por el señor Cuervo, ha hecho escuela entre los autores de vocabularios que procuran corregir los vicios de nuestro lenguaje.

El docto jesuita don Juan Mir i Noguera coloca entre las nefandas la frase sobre que voi discurriendo.

Con todo, el uso corriente se ha resistido a acatar este fallo, i convicne, por lo tanto, examinar si su proceder es o no razonable.

Desde luego, la circunstancia de que a los escritores de antaño no se les haya ocurrido decir ojos *inyectados*, sino *encarnizados*, no es suficiente motivo para rechazar de plano la primera de estas espresiones.

Mal podria encontrarse el verbo *inyectar* en las obras de

Cervántes o en las *Coplas de Mingo Revulgo*, cuando el uso de esta voz en castellano solo remonta a principios del siglo XIX.

La Academia acojó por primera vez este vocablo en la octava edicion del Diccionario, esto es, en 1837.

Por lo demas, es un hecho notorio que a cada momento nos valemos de voces i aun de jiros que no conocieron los hablistas de los siglos de oro de la literatura castellana, sin que esto importe un atentado contra la lengua que hablamos.

Un idioma vivo tiene forzosamente que experimentar modificaciones con el trascurso de los años.

Pero en el presente caso ni siquiera puede decirse que se trata de una alteracion sustancial en el significado de un vocablo, sino de una simple mutacion de sentido fundada en una relacion de semejanza.

Si *inyectar* denota únicamente "introducir un líquido en un cuerpo con un instrumento", esto no obsta, en mi sentir, para que se llamen *ojos inyectados* aquellos que lo están en la apariencia.

Constantemente estamos apelando en nuestro lenguaje corriente a espresiones que no cuadran con la realidad de las cosas, i sabido es que "ese cielo azul que todos vemos no es cielo ni es azul", como ya lo dijo el poeta.



Otro término que, a despecho de ciertos censores, ha logrado ensanchar sus fronteras es la voz *objetivo*, que, segun la Academia, solo tiene, como sustantivo, el significado de "lente colocada en los anteojos i otros aparatos de óptica en la parte dirigida hácia los objetos".

El uso de *objetivo* en sentido metafórico se ha jeneralizado ya bastante, i francamente no encuentro fundamento para reprobalo.

A los ejemplos de don Ramon de Mesonero Romános i de don José Echegarai, que he citado en otra ocasion para comprobar el empleo de este tropo, añadiré aquí otros que contribuirán a corroborar lo dicho.

En los *Principios jenerales de literatura e historia de la literatura española* por don Manuel de la Revilla i don Pedro de Alcántara García, leo la frase que va a continuacion:

«Quien así lograba realizar las aspiraciones mas arraigadas del pueblo español, cuyo *objetivo* principal era el triunfo de la relijion i la conquista i reconstitucion de la patria, por fuerza habia de ser el ídolo de ese mismo pueblo, que veia reflejada en él su propia vida, i lo consideraba como el brazo que la Providencia habia puesto a su servicio para el logro de la doble empresa en que estaba empeñado.» (Tomo II, leccion X, páginas 109 i 110.)

Don Benito Pérez Galdos, en su novela *Luchana*, se espresa así:

«Era principal *objetivo* de los facciosos poner su mano en lo que creian llave de Bilbao, el convento de San Agustin, situado entre el arenal i el campo Volantin, al pié de cerros elevados i casi al borde de la via.» (Capítulo XXVI, página 254.)

El siguiente lugar está tomado de la obra rotulada *In illo tempore*, escrita por el presbítero don José María Sbarbi:

«Respecto al terreno de la moralidad i la justicia, que importa mucho mas, como quiera que en igual proporcion están llamadas las naciones modernas a realizar el gran *objetivo* del progreso social, borrando toda nocion de divinidad, etc.» (Nota al párrafo IV, página 110.)

Con el título de *Mi primera campaña*, publicó don Rafael Altamira una serie de artículos, entre los cuales hai uno titulado *La literatura i las ideas*, de donde tomo esta frase:

«Al artista mismo pedíanle sinceridad, franqueza, olvido de todo convencionalismo, ora pintase el medio físico que rodea a los hombres, ora hiciese de la conducta i el carácter interno de éstos su *objetivo*.» (Páginas 46 i 47.)

Del *Epistolario* de don Ángel Ganivet saco este pasaje:

«A cualquiera se le ocurre que si la causa de los sinsabores que nos amargan la existencia, es el ímprobo trabajo que realizamos para adaptarnos a un medio que no nos es propio, no es tan difícil empezar la cura espiritual cambiando de *objetivo*.» (Carta XIV, páginas 170 i 171.)

Si *objetivo* es el lente hácia el cual dirige su mirada el observador, ¿por qué no habríamos de poder ampliar el sentido de esta voz, denotando con ella el fin o propósito que uno busca?

Si la Academia ha dado al vocablo *mira* el significado traslaticio de *intencion*, ¿por qué no habria de hacer otro tanto con *objetivo*, que se encuentra en igual caso?

*
* * *

Ateniéndonos a lo que enseña el *Diccionario* académico, la voz *plétora* se usa solo en medicina en estas acepciones: «Plenitud de sangre. Abundancia de otros humores; pero en tal caso se espresa cual es.»

Me atrevo a aseverar, sin embargo, que los iniciados en los arcanos de la ciencia de Hipócrates no son los únicos que se valen de este vocablo.

Son muchos los profanos que también lo emplean en sentido traslaticio.

En el *Prólogo* que encabeza los *Opúsculos gramático-satíricos* de don Antonio Puigblanch, este severo crítico habla en los siguientes términos:

«Su dolencia capital es una *plétora*, o redundancia de amor propio, que habiendo en él principiado con las conveniencias tales cuales de sus padres, recibió complemento en su casorio con la hija heredera de un librero, o con su bolsa.» (Tomo I, páginas CVII i CVIII.)

Don Pedro Antonio de Alarcon, en la tercera serie de sus *Novelas cortas*, en el artículo titulado *Los seis velos*, se espresa de este modo:

«Se casa; se aburre mas que de soltero; hace del ángel un demonio, i revienta de una *plétora* de vino.» (Página 154.)

Un personaje llamado Alejandro habla de esta manera en la comedia *Voluntad*, escrita por don Benito Pérez Galdos:

«¡Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegacion artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, o sea la *plétora* de leyes i principios...» (Acto II, escena IX, páj. 53.)

Las siguientes palabras están tomadas de la novela *Lázaro*, escrita por don Jacinto Octavio Picon:

"En su cerebro, estraviado por la *plétora* de vida, empezaron a dibujarse las exigencias de un nuevo deseo." (Capítulo XIII, páj. 218.)

Con el nombre de *Cuentos de amor*, doña Emilia Pardo Bazán ha coleccionado una serie de artículos, entre los cuales aparece uno titulado *Mas allí*, de donde saco el siguiente retazo:

"Así comprendieron claramente que los dos habian muerto de *plétora* de pasion no satisfecha ni entendida, advirtieron tambien con asombro que él era el alma nacida para ella, i ella el corazon capaz de encerrar aquel amor infinito de que él se sentia minado i consumido, como el árbol que todo se derrite en gomas." (Pájs. 170 i 171.)

En el capítulo LV de su novela *María de los Anjeles*, don José Navarrete dice así:

"No tenian que envidiar, en materia de emociones, a ninguna capital del mundo: habia tela cortada para un trimestre; *plétora* de asuntos, i eso que aun no habia llegado a sus oídos la muerte, sin decir Jesus, de Dolores, ni el estado en que, al volver en sí María de los Anjeles, la encontraron los jornaleros, seña Rita i su nieto Bartolo." (Libro III, páj. 555.)

Si el ilustrado jesuita don Juan Mir i Noguera no ha encontrado, entre los clásicos que él ha recorrido, ningun ejemplo del uso metafórico de *plétora*, seguramente que esto no basta para que se haga la cruz a dicho tropo.

Los nombres de los distinguidos escritores que lo han prohibido, me escusan de alegar otras razones para sostener la lejitimidad de esta acepcion traslaticia.

*
* *
*

Seria tarea de nunca acabar el seguir enumerando vocablos que se encuentran en situacion análoga a la de los ya indicados.

No faltarán lectores, si es que los tengo, que crean que me he estendido demasiado en esta disertacion, que, lo confieso, he procurado hacer con la mayor brevedad posible.

Pero por lo mismo que me siento con poca autoridad para imponer mi opinión, he tratado de acopiar los casos precedentes a fin de que las citas que invoco salgan en mi ayuda.

A nadie se oculta que hai conveniencia en desvanecer esa repugnancia a la metáfora que se observa en muchos de los diccionarios que tratan de corregir nuestro lenguaje.

No confundamos los vicios contra la pureza de nuestro idioma con las figuras de retórica, que, léjos de ser vituperables, contribuyen a engalanar el estilo.